

—¡Bah! ¡Bah!—dijo Andrés encogiéndose de hombros.

Pero no insistió y volvió a colgar el fusil.

III

A Cella le costó trabajo dormirse aquella noche; experimentaba una extraña sensación en aquel medio tan nuevo para ella. Después de la animación de la existencia mundana á que estaba acostumbrada, le parecía que la vida se había detenido súbitamente como la andulación del agua bajo el abrazo del hielo. Aquella aldea silenciosa y desierta que sólo había entrevisto bajo su capa de nieve, le parecía fantástica, se creía llegada á los confines de las regiones polares, no la hubiera asombrado ver á lo último de la llanura tímpanos y osos blancos. Escuchaba sin querer, por si se oían los aullidos de los osos. Poco le faltaba para tener miedo y echar de menos el Castillo de Wologda, rodeado de buenas murallas, tras de las cuales ningún peligro era de temer. Sin embargo, el recuerdo del hermoso joven de altiva mirada, dispuesto á defenderla contra una manada de fieras, la tranquilizó algo, y se durmió.

Al día siguiente solicitó visitar el lugar. Andrés hizo enganchar su ligero trineo.

—¿Quiere usted que guie?—preguntó á la condesita.

—¡Ya lo creo!—contestó ésta, instalándose en el estrecho vehículo.

Andrés la echó sobre las piernas su pellica de oso negro, y se sentó á su lado mientras el criado abría de par en par la puerta cochera.

El trineo salió á galope.

El cielo era de un ligero azul sembrado de algunas nubes de oro, la nieve buscaba al sol, hacía frío, pero no corría un átomo de viento. El trineo entró por la principal calle del lugar, que estaba formada de cabañas bastantes miserables en su mayoría, pero que hacía encantadoras la nieve blanquísima poblada de sombras apiladas. Algunos rostros de mujeres aparecían detrás de los dobles cristales de las ventanas y miraban para el trineo con viva curiosidad.

Andrés detuvo los caballos al llegar ante la iglesia, que alzaba sus cinco campanarios, coronados por cúpulas dónde brillaba la escarcha.

—¡Qué pequeña es!—dijo Celia.

Un mujik se había detenido en un ángulo de la plaza.

—¡Eh! ¡Andrés Ivanovitch!—grito. ¿Es esa tu prima? ¡Qué blanca es y qué bonita! Ya se conoce que no es de por aquí.

—¡Qué pronto se sabe todo en un pueblo!—dijo Andrés. Y, sin embargo, no es de los más curiosos este viejo.

Un momento después se encontraron con una joven, que dijo:

—¡Buenos días, Andresillo!

—Es Akulina—dijo el joven.

Celia se volvió rápidamente.

—¿La encuentras bonita?

—¡Es la chica más bonita del pueblo!

—La he visto mal; ¿no tiene los ojos pardos?

—No; los tiene negros como usted.

—¿Se parece á mi por casualidad?

—No—dijo Andrés sin mirar á Celia—es usted mucho más guapa.

Una sonrisa hizo aparecer en las mejillas de Clelia aquellos hoyuelos que le sentaban tan

bien, y miró á Andrés con una expresión que turbó al joven.

—Se burla de mí—pensó éste.

Ya habían pasado de las últimas casas del lugar.

—¿Volvemos ya?—dijo Andrés.—Ya ha visto usted todo lo que hay que ver.

No—dijo Celia—corramos otro poco en esta dirección.

Andrés sacudió los caballos con las riendas dobladas; estos agitaron sus colleras y salieron á escape. El trineo se deslizó por la llanura, franqueó un río, mareado solo por una ondulación de la nieve, atravesó un estanque helado, y entró pronto en el bosque de pinos.

Nada más magnífico que aquel bosque blanco iluminado oblicuamente por el sol que se ponía, semejante á una brasa. Rayos de color de sangre y oro brotaban entre las filas de árboles y marcaban largas rayas en la nieve. Las pesadas ramas de los pinos formaban admirables perspectivas de arcos labrados, de guirnaldas de plata en fusión, que despedían reflejos de un azul intenso, y de las facetas de la escarcha arrancaba el sol millares de chispas.

—¡Qué hermoso es esto!—exclamó Celia—y qué bueno es correr así como locos sobre esta nieve intacta! ¡Más! ¡Más! ¡Más lejos y más aprisa!

—¿Ya no tiene usted miedo á los lobos?—preguntó Andrés sonriendo.—Mire que se acerca la noche.

—¡Ay, Dios mío, los lobos!—dijo Celia acercándose á su compañero.—Ya no me acordaba; te ruego que nos volvamos, Andrés, ahora me da miedo el bosque.

—Nada tema usted, porque lo decía en bro-

ma; pero en realidad no sería prudente penetrar más en el bosque.

Andrés hizo dar vuelta á los caballos y regresó á la granja. Al bajar del trineo sostuvo á Celia por el codo y ésta le dió las gracias con su encantadora sonrisa.

—En verdad—se dijo por la noche al echar su cabeza en la almohada—me divierte trastornar la cabeza á este aldeano.

IV

En el pueblo no se hablaba más que de la sobrina de Ivan y de su súbita llegada, y se hacían infinitos comentarios y conjeturas. Cada uno se dirigía mil preguntas, sin encontrar respuesta á ninguna. ¿Porqué no había hablado Ivan nunca de aquella sobrina? ¿Porqué llegó ésta de noche sin que la esperaran? ¿Porqué era tan blanca? A todas estas preguntas no sabían contestar los otros más que: ¡Sí, porqué?

Se esperaba con impaciencia el domingo. A lo menos á la salida de la iglesia, verían á la joven misteriosa; se le podría hablar y averiguar algo.

Llegó el domingo y la iglesia de los cinco campanarios cubiertos de escarcha se llenó de todos los habitantes del pueblo. No quedaron en las cabañas más que los enfermos y los inválidos.

Llegó la última la familia de Ivan Ivanovitch, por culpa de Celia, que había gastado mucho tiempo en su tocado, por cierto encantador. La condesita había adoptado el traje nacional que se lleva el día de fiesta en el cam-

po, y también en los bailes de corte, recargado de oro y pedrería. Consiste en un túnica de alta cintura de damasco azul celeste, almohadillado y adornado con franja de ancho galón de oro sobre una falda de paño fino. Sobre la frente se encorbaba el *povoïnik*, especie de ancha diadema, de terciopelo azul claro, bordado de palmitos de oro. La cabellera rubia de Celia, reunida en una sola trenza, le caía hasta las rodillas.

No la turbó que todos la miraran, y adelantó tranquilamente con una seria sonrisa algo despreciativa. Facilísimo le era triunfar en medio de aquellas mujeres envueltas en una especie de levita informe, y con la cabeza cubierta por un pañuelo anudado bajo la barba.

Akulina era la única que llevaba, como Celia, el traje nacional.

La aldeana tenía quizá una belleza más regular que la condesa, pero le faltaba la gracia en los ademanes, la suavidad del cutis, la expresión seductora de la mirada. Akulina se sintió vencida indudablemente por la recién venida, porque palideció al verla y la miró con envidiosa atención. Celia, en tanto, miraba sonriente los mezquinos adornos de la iglesia, los santos morenos, groseramente pintados sobre fondo de oro, y la verja de la constancia, desdorada y enmohecida en muchas partes.

Ivan y Catalina parecían felices y orgullosos; Andrés Ivanovitch, por el contrario, tenía en su rostro una expresión pensativa y triste. Mirando al suelo parecía reflexionar profundamente y olvidaba rezar. Ni una sola vez volvió la cabeza hacia Akulina.

Al salir de la iglesia, la multitud cuchicheando y preguntando, se quedó en la plaza pisando

nieve, pero Celia burló su curiosidad subiendo con Catalina, Macha y Fedia en una troika guiada por Andrés, y que salió á galope mientras Ivan y Fedia volvían á pie hablando con los que se amontonaban á su alrededor.

Grande fué la decepción, y casi produjo un motin.

¿Es alguna gran señora, cuando no puede dar diez pasos á pie?—exclamaba Akulina, que con su instinto femenino suponía algún misterio.

No se dieron, sin embargo, por vencidos. Era domingo, y había tiempo para holgar; los más curiosos fueron á la granja y manifestaron francamente su deseo de conocer á la sobrina de Ivan Ivanovitch.

Celia estuvo muy amable con los visitantes y les sirvió el cognac que les ofreció Ivan. Les decía con la seriedad mayor del mundo que se encontraba muy bien allí, y que su más ardiente deseo era no salir ya de aquel pueblo.

La inquietud y la sorda cólera que agitaban á Andrés al ver las familiaridades (naturales entre iguales) que gastaban con ella los mujiks, la divertían sobre manera.

Un joven, muy emocionado por su belleza, se puso á hacerle el amor con gestos y frases tan estrambóticos que Celia lloraba de risa, lo cual enorgulleció mucho al aldeano, que se fué enamoradísimo y lleno de esperanza.

Esta llegó hasta el punto de que al día siguiente envió á su padre á pedir á Ivan la mano de Celia.

Cuando Andrés vió llegar al viejo Pioto, padre del pretendiente, que muy pocas veces dejaba la pisada que dirigía, admiró el objeto de su visita. Mientras Ivan hacía sentar á su hues-

ped cerca del fuego y le obsequiaba con una taza de té, Andrés subió al cuarto de Celia y llamó a la puerta.

—¿Quién es?—preguntó la joven.

—Soy yo—dijo Andrés.—¿Me permite usted decirle dos palabras?

—Entra, entra.

El joven abrió la puerta, sin pasar del dintel.

—Acércate—dijo Celia.—¿Qué hay?

—Señora—dijo Andrés—ya se habrá usted convencido de que su papel de aldeana la expone á escuchar cosas que no son para sus oídos. Ayer un aldeano se atrevió á hablarle de amor.

—¡Ah, sí! El mujik de barba amarilla—exclamó Celia echándose á reír al recordar su nuevo pretendiente.

—Usted se burló de él, aunque estaba en su derecho al cortejar á una aldeana, pero los mujiks son torpes y éste no ha creído desagradarle.

—¿De veras?

—Abajo está su padre pidiendo al mío la mano de usted.

—¿Es posible?—preguntó la joven entre nuevas risas.

—No se reirá usted tanto si tales cosas vuelven á ocurrir con frecuencia—dijo Andrés,—y así sucederá. Esta buena gente la ofenderá á usted sin querer, persiguiéndola con sus protestas sinceras, pero algo campesinas y toscas. La fastidiarán y la irritarán.

—Razón tienes, Andresillo, pero cómo les quitaremos á los mozos la gana de casarse conmigo?

—Hay un medio.

—¿Cuál es? Dilo.

Andrés vaciló un momento.

—Permitame usted decir que es mi novia—replicó con temblorosa voz.

—Eso, perfectamente—exclamó Celia.—Serás mi escudo; ven, bajemos sin hacer ruido; soy muy curiosa; oigamos lo que dicen.

Llegaron abajo sin ser vistos y entreabrieron la puerta.

—¿De modo que tu hijo se ha decidido en un momento?—preguntaba Ivan meciéndose en la silla.

—De pronto—replicó Pioto;—le he hecho notar que me parecía demasiado precipitado, que se debía reflexionar, pero me ha replicado que podría adelantarse otro y que no había tiempo que perder. Ahora bien, ¿qué dices?

—Digo... digo que es imposible.

—¿Cómo imposible? y ¿por qué? ¿Me desprecias?—gritó Pioto levantándose.

—Despreciarte no, hombre; ¿qué es lo que dices?—baluceó Ivan que no sabía por dónde salir.

Viendo los apuros de su padre, entró Andrés.

—¿Supongo que no os estorbaré?—preguntó.

—No—dijo Ivan—de ninguna manera. Ahí tienes á Pioto que me viene á pedir la mano de tu prima.

—Bueno ¡y le habrás dicho que era mi novia y que nadie tiene derecho á aspirar á ella!

—Iba á decirselo cuando has entrado tú—dijo Ivan muy contento al verse libre del apuro.

Catalina y Macha, que llevaba á su hijo en brazos, entraron en la sala, Celia las seguía.

—¿Cómo va, Pioto?—preguntó Catalina dando al viejo una palmada en el hombro.

—Bien, muchas gracias. ¿De modo que sois novios?—dijo mirando á los jóvenes.

—Sí—dijo Celia bajando los ojos.

—Bueno. ¿Y Akulina?

—¿Qué es eso de Akulina?—gritó Celia dirigiéndose a Andrés.—¿Te has enamorado de otra durante mi ausencia?

—No tengas cuidado—dijo Andrés—era amigo de esa, pero nunca le he hablado de amor.

—Vamos—dijo Pioto—veo que nada tengo que hacer aquí. Voy a ver si consuelo a mi hijo.

Cuando se hubo ido el anciano, Celia se sentó en el banco cerca de Andrés.

—Ahora siento haber comprometido tu porvenir.

—¿Pues cómo?—pregunto.

—Esa joven de que hablábamos no te perdonará haberla dejado por otra. Quizá se case antes de averiguar la verdad, y tú, si la amas, serás desgraciado.

—No haga usted caso—dijo el joven con una especie de abatimiento,—si he querido a Akulina, ya no me acuerdo.

V

Algunos días más tarde, Pablo Petrovitch fué a la granja; había podido salir del castillo sin despertar sospechas, y traía noticias.

Cuando le vió Celia se colgó a su cuello.

—Buenos días, padre—exclamó—¡qué buena idea tuviste al traerme aquí!

—Si usted está contenta, bueno va. En el castillo ocurre lo contrario.

—¿Está Prascovia muy furiosa?

—La señora Prascovia está más bien satisfecha de la marcha de usted, porque da bailes y fiestas en que nadie la obscurece. Pero su tutor de usted no vuelve de su asombro. El primer día se encolerizó tanto, que temieron un ataque

apoplético. Acabó por calmarse algo, y con gran sorpresa mía no mandó a buscar a usted; ha dicho en todas partes que usted estaba enferma; luego vino una carta de París, que no sólo le que contenía, pero el señor tuvo otro acceso de rabia.

Algunos días después ha anunciado la marcha de usted a Niza, donde el médico ha dicho que pase usted el invierno.

—¿De modo que se conforma con mi fuga?

—De ninguna manera; quiere ocultarla, ir a París y volver con usted.

—Que se vaya; no tengo inconveniente alguno—dijo Celia riéndose.

—Parece que ha estropeado usted uno de sus más acariciados proyectos rechazando el esposo que había escogido él para usted—observó Pablo.

—Quería aumentar su fortuna a costa de la mía casándome con su socio, y he procedido muy cuerdateamente hurtando el cuerpo a sus combinaciones. Pero no hablemos más de cosas feas. Mira qué bien estoy convertida en aldeana.

—Hermosa como un ángel está usted con ese traje, lo mismo que con sus adornos de gran señora—dijo Pablo.

—¿De veras?—dijo Celia—por eso he trastornado entonces a varios mujiks. Para librarme de ellos me he supuesto novia de Andrés Ivanovitch.

—Novio bueno y guapo es ese—afirmó Pablo;—¿y dónde está?

—No lo sé, no le he visto hoy.

—Ha ido a la ciudad no sé a qué—dijo Ivan que estaba echando enormes troncos en la lumbre.

Pablo pasó algunas horas más en la granja, y se volvió. Andrés regresó poco después.

Halló a Celia sola en la sala común; tenía la labor en la mano, pero no trabajaba. Sentada junto a la ventana miraba el patio á través de los cristales dobles.

—¿De dónde vienes, Andrés?—preguntó volviéndose hacia el joven.—Me aburro cuando no estás aquí. La obligación de un novio es estar cerca de su novia.

—Temo cansarla á usted. Soy novio fingido y solamente debo representar mi papel ante los extraños, para no hacerme tan insoportable como aquellos de quienes he querido librar á usted.

—No lo creas; eres el único con quien puedo hablar algo aquí. Me aburro de veras durante tu ausencia. Vamos á ver: ¿por qué has estado fuera tanto tiempo?

—Si lo digo se burlará de mí.

—¿Qué sabes tú?

—He ido á la ciudad...

—¿Para qué?

—Pues bien: ha tenido usted que quitarse de los dedos los anillos llenos de brillantes, que no eran propios de una aldeana; pero una novia debe llevar una sortija y he ido á comprarla.

—¡Ah! Para eso has ido á la ciudad—dijo Celia inclinando la pensativa cabeza.

—¿Se enfada usted?

—Veamos la sortija.

Andrés le enseñó un anillito de oro delicadamente labrado.

Ambos en el hueco de la ventana bajaban la cabeza mirando la frágil alhaja, simbolo de eterna ternura, y permanecieron silenciosos un momento.

—La quiere usted—preguntó Andrés al fin con voz que temblaba á su pesar.

—Ponlo tú mismo en el dedo.

El joven se estremeció. Dirigió á Celia su clara mirada y le puso lentamente el anillo, rozándole apenas el dedo.

Celia sintió un vago espanto al recibir aquella prenda de amor. Veía que, quizá sin quererlo, el joven acababa de entregarle su alma, y que sería victima del juego cruel que á ella la divertía, y, durante un momento, ella había experimentado también una emoción singular, muy nueva, que la hizo meditar profundamente.

Pronto se alejó sin decir nada y se refugió en su cuarto.

VI

Armóse á la puerta de la granja una mañana, insólito ruido, compuesto de ladridos de perros, sonar de cascabeles y voces pidiendo que se abriera.

Celia, que acababa de levantarse, corrió á la ventana de su cuarto y miró.

Abierta de par en par la puerta cochera, vióse entrar á un joven en traje de caza, bajar de su elegante trineo, y después coger por el pescuezo á su magnifico perro y ponerlo en el suelo. Otro perro se arrojó de entre los pies del cochero y empezó á brincar por la nieve, ladrando alegremente mientras su compañero se sacudía las orejas.

—¡Vamos! calla Endimión, abajo Fefe, estáos quietos—gritó el joven.

Acudió Ivan con la cabeza inclinada y besó la manga del señor. En aquel momento Catali-

na entró como una ráfaga de viento por el cuarto de Celia.

—El señor—gritó—el señor que llega sin haber avisado.

—¿Y qué importa?—preguntó Celia.

—Nunca viene para nada bueno—dijo Catalina—y además, ¿qué vamos á decirle? Usted hará el honor de habitar su cuarto.

—No te asustes por tan poco; que lleven mi equipaje á otro cuarto, y nada sabrá.

—Tengo que ir á saludarle—dijo Catalina.

Y salió como habia entrado.

Celia terminó su tocado, y llevada de la curiosidad, bajó también.

Habian abierto la puerta de aquella sala donde nunca se entraba, y que atravesó la noche de su llegada. El recién venido, sentado sobre el diván de tafíete verde, acariciaba la cabeza de Febe puesta sobre sus rodillas y hablaba con Ivan de pie ante él.

Celia le miró de lejos por la abertura de la puerta. Parecía tener próximamente treinta años. Era alto, delgado hasta flaco, arrebatado de color, lo cual hacia su rostro más obscuro que sus cabellos (algo escasos sobre el cráneo), y sus bigotes color de paja. Sus ojos eran de un azul mate y sus arcos superciliares abultados y desprovistos de cejas.

—Sé que tu hijo no tiene igual para la caza y que es el que mejor descubre las huellas de los lobos—decía á Ivan sin mirarle—y por eso me he adelantado á mis amigos, que vendrán á buscarme dentro de algunas horas, para decirle que haga una batida en el bosque y dirija la caza. Desgraciadamente Andrés no está en casa en este momento; ha ido á las estufas, pero no tardará en volver.

—Lo siento, porque tengo prisa—dijo el joven con voz breve, alzando con una mueca la piel de la frente.

—Envíese á Fedor en su busca—respondió Ivan, que se alejó ligeramente.

El señor se levantó y se puso á pasear por la sala. Pidió fuego á Catalina, que traía el brasero, y encendió el cigarro.

De pronto se fijó en Celia.

—¿Quién es esa?—preguntó vivamente.

—Es mi sobrina, una joven muy simpática que ha venido á vernos—dijo Catalina.

—¡Es realmente encantadora! ¡Vamos, acércate!

Celia se aproximó con ademanes torpes y tímidos, arrollando con los dedos el borde de su túnica.

—¡Qué ojos! ¡Qué cabellera de oro!—exclamaba el joven. ¿De dónde diablos has salido? Anda, sirveme el te. La joven obedeció.

—¿Cómo te llamas?

—Celia.

—¿Sabes que me gustas mucho?

—Mucho me honro con ello—murmuró Celia sonriendo imperceptiblemente.

—Mentira parece lo bonita que eres. Si quieres, te llevo conmigo. ¿Qué te parece?

—Pero, señor...—balbuceó Celia.

El la habia cogido ambas manos y la tenia de pie ante sí.

Estamos conformes en que vendrás conmigo, pero por de pronto, dame un beso.

Y la cogió bruscamente entre sus brazos.

Celia lanzó un grito y procuró desasirse.

—¿Me han llamado para que viera esto?—gritó de pronto Andrés que entró impetuosamente en la sala y rechazó al señor.

30242

—¿Qué te pasa?—exclamó éste poniéndose coloradísimo. ¿No sabes quién soy?

—En tocando á mi novia, el mismo Czar será un hombre para mis puños—dijo Andrés dirigiendo al señor fieras miradas.

—¡Ah! ¿Es tu novia? Lo siento, pero me la llevaré.

—Si persiste usted en tal proyecto, succédame lo que Dios quiera, pero no saldrá usted de aquí vivo—dijo Andrés apoderándose brusca-mente de un taburete.

—¿Pero qué es esto? ¿Quieres aplastarme?—exclamó el señor palideciendo.

—¡Andrés, Andrés! ¿Estás loco?—gritaba Catalina arrodillada y santiguándose á toda prisa.

—¡Al señor! ¡Amenazar al señor!—murmuraba Ivan helado de espanto.

Celia se había lanzado sobre Andrés, y suavemente le bajó el brazo.

—Cálmate, león feroz, yo lo arreglaré todo—le dijo rozándole casi la mejilla con los labios.

Al sentir correr sobre su rostro aquel tibio aliento, Andrés pareció sentirse débil como un niño y se apoyó pálido en la pared.

Celia se volvió hacia el señor.

—¿Eres caballero, verdad, y capaz de cumplir un juramento?—le preguntó en francés.

—Soy caballero, pero nadie lo diría, al ver cómo me tratan aquí—dijo el joven temblando lleno de ira;—pero ya se conocerá en mi venganza.

—Perdonarás á ese muchacho, cuando conozcas los motivos que le han impulsado.

—¿Pero tú quién eres para hablarme en ese tono? ¿te crees igual á mi porque te ha enseñado á hablar francés alguna doncella de tu señora?

—En efecto, soy igual á ti, y alguna vez nos habremos encontrado en sociedad; pero, ya que no me conoces, sólo te diré mi nombre si me juras no revelar á nadie que estoy aquí.

—Me parece, efectivamente, conocer esa cara—dijo el joven mirando más á Celia;—pero... sí, usted es la condesa Gregorowna, y es imposible olvidarla cuando se la ha visto una vez.

—¿De veras?—dijo Celia con burlona sonrisa. —Pues bien, júreme usted no decir nunca que me ha visto en esta granja.

—Lo juro por mi vida. Pero ¿qué desgracia ha herido á usted? ¿Qué hace aquí?

—He huido de mi casa porque querían casarme contra mi gusto, eso es todo. Quiero disponer de mí misma.

—Tiene usted mil razones, y puede estar segura de mi discreción. Además está usted en mis tierras, y hacerle traición sería faltar á todos los deberes de la hospitalidad. Pero, ¿por qué la llama á usted novia ese mujik insolente?

—Ha elegido ese pretexto para poderme fender. Ruego á usted que le perdone ese arre-
bato.

—Si no fuera esa boca la que me pide su indulto, le haría enviar á Siberia por mucho tiempo—dijo el señor volviendo á hablar en ruso;—pero ejerce usted sobre mí más poder del que se figura. Desde que la ví á usted, es para mí la estrella inaccesible que brilla en el horizonte. Lo digo como lo siento. De modo que por usted todo lo olvido para convencerla de que soy su esclavo.

La joven sonrió despreciativamente.

—Oyes, Andrés? te perdono—dijo Penutchkine golpeando el hombro del joven.—Has querido matarme, pero me digno olvidarlo hasta el

punto de pedirte que á mí y á los compañeros que espero, nos pongas en la pista de algún lobo. ¿Estamos conformes?

—Sí—dijo Andrés después de consultar á Celia con la mirada—me encontraréis en el límite del bosque.

En seguida cogió su escopeta y salió.

Catalina se arrojó á los pies del señor y se abrazó á sus rodillas.

—¡Qué bueno es usted! ¡qué bueno es usted!—repetía.

—No me des las gracias á mí, dáselas á la condesa Celia Gregorowna—contestó Penutchkine rechazando á la aldeana.

Catalina se arrastró hasta Celia, que la levantó y la besó.

—¡Vamos, límpiate los ojos!—le dijo—te parecen á mí querida nodriza, que cuando la veía llorar, lloraba yo también.

Pronto llegaron los amigos de Penutchkine: no se bajaron del coche y llamaron desde la puerta.

—Ve de prisa, Alejandrovitch—le dijeron,—que ya es muy de día; nos va á sorprender la noche.

—Que no la vean á usted—dijo el señor á Celia;—es usted demasiado hermosa para aldeana.

—Sin embargo, usted me ha creído tal.

—Me he visto cegado, deslumbrado, pero mi corazón no se equivocó.

Penutchkine llamó á los perros, besó la mano á la joven, y salió echándole una mirada lánguida y humilde.

VII

Andrés volvió por la noche, muy tarde. Celia quiso que se le esperara para cenar.

—La cena es triste cuando falta un comensal—decía.

—¡Es tan fácil una desgracia en la caza por una bala perdida!

Celia, á veces, participaba de sus temores, pero Andrés volvió cansado y cubierto de nieve.

—¡Alabados sean la Virgen Santa y San Sergio!—exclamó Catalina al verlo.

—¿Pues qué Macha, creías que me habían comido los lobos?—preguntó riéndose el joven.

—El lobo... no—murmuró Catalina, que sirvió la cena sin explicar su pensamiento.

—Vamos á ver, cuéntanos tu caza, Andrés—dijo Celia, que había sentido un singular movimiento de alegría viendo volver al joven sano y salvo.

Una desdeñosa sonrisa apareció en los labios de Andrés.

—Cinco se han juntado para matar una pobre loba—dijo—y aun no han podido con ella, que se revolvió contra ellos. El señor Penutchkine se ha librado de buena.

—¿Cómo ha sido? Cuéntalo—dijo Macha.

—Veréis: Habían disparado sus cinco tiros; tres balas cortaron ramas de árboles, sólo dos dieron en el blanco, hiriendo en el hombro y cortando una oreja á la fiera. Tan seguros estaban los cazadores de haberla muerto, que corrieron á ella, pero la loba se levantó furiosa y les atacó. Todos huyeron, exepcto Penoutchkine, que vacía derribado y lanzaba espantosos gritos. Como no estaba yo lejos, acudí. Los gritos del señor dominaban los ladridos de los perros, que, más listos que los hombres, estaban á prudente distancia. En efecto, el señor se encuentra en situación muy desagradable—dije